

BRASIL: HACIA UN NUEVO BLOQUE HISTÓRICO

Theotonio dos Santos

Profesor titular de la Universidad Federal Fluminense, coordinador de la Cátedra y Red UNESCO-UNU sobre Economía Global y Desarrollo Sostenible

1. La Crisis Brasileña

La coalición de fuerzas políticas que sostuvo el gobierno Fernando Henrique Cardoso durante cerca de ocho años entró definitivamente en crisis. El origen de esta crisis se encuentra en el agotamiento de una política económica que parecía exitosa en su comienzo pero que llevó de hecho el país a una de las más graves crisis de su historia.

Esta fue la historia de las experiencias neoliberales de los años 90. Salinas duró seis años de esplendor, hasta la crisis del 94. Menem alcanzó reelegirse una vez pero no logró la segunda reelección hasta que su país entró en la dramática crisis actual. Fujimori también logró una reelección y cayó cuando quiso imponer su tercer mandato. En Venezuela la crisis explotó en el “Caracazo”, con Andrés Pérez en el gobierno, pero fue suplantada con más diez años de consenso neoliberal, que ganó la mayoría de la izquierda y pasó el bastión de la oposición al líder del intento insurreccional que se ligara al “Caracazo”: Hugo Chávez.

Estos y otros casos indican que se amplía la convulsión social y política a que nos llevó la adopción del Consenso de Washington en la región. Y es necesario tener en cuenta que los primeros años de éxito de estas políticas se debieron fundamentalmente a la existencia de reservas en divisas significativas en todos estos países en el comienzo de estas experiencias.

Las reservas acumuladas durante la suspensión del pago de la deuda externa en la segunda mitad de los años 80 aseguraron las políticas de

sobrevaloración de las monedas nacionales de cada país. Sumadas a los recursos generados por las privatizaciones en el mismo período, permitieron la atracción de capitales especulativos de los centros financieros internacionales para cubrir los déficits comerciales generados por las políticas de cambio sobrevaluado.

En seis a siete años los compromisos generados con la entrada de capitales externos, atraídos por altos intereses pagados por los Estados involucrados en gigantescas deudas públicas en moneda local o en dólares, empiezan a agotarse. En su cola dejan un endeudamiento público colosal que imposibilita cualquier política de inversiones públicas y alcanzan incluso los gastos públicos tradicionales, provocan un retroceso de la participación del Estado en la economía real y una crisis fiscal sin precedentes.

Es necesario insistir que la disminución de la participación estatal en los gastos públicos no impide que este mismo Estado aumente enormemente sus gastos en el pago de intereses que es hoy día la verdadera fuente del déficit público. En el caso de Brasil, los pagos de intereses por el sector público alcanzan más del 8% de PIB. Mientras tanto el balance primario (excluyendo los intereses) del presupuesto presenta un superávit de cerca del 4%.

Estos gobiernos lograron de esa manera invertir totalmente el sentido de la actividad estatal. A partir de ellos el Estado existe para pagar intereses y no para realizar políticas públicas. Mientras los capitales que entran superan a los que salen y las ventas de empresas públicas aumentan la liquidez

de las cuentas públicas parece que estamos en el paraíso.

Lo mismo ocurre en el sector cambiario: la existencia de una moneda fuerte aumenta de manera milagrosa el poder de compra de la clase media en el exterior y pone a su disposición productos importados de todo el mundo a precios más accesibles. Luego, el agotamiento de las divisas provocado por el déficit comercial y por la salida de ganancias obtenidas por el capital especulativo, por el envío de las ganancias extraordinarias provocadas o por una privatización corrupta, genera su contrario. Se inicia la era de las desvaloraciones cambiarias, de la escasez de divisas, de los créditos no reembolsables, de las quiebras del sector financiero.

Pasamos así del cielo al infierno en pocos días. Los líderes de esos procesos se transforman de milagrosos genios de la economía en vulgares ladrones buscados por los poderes públicos de sus países. Las ambiciones de un tercer mandato se evaporan junto con el fracaso económico y las revelaciones sobre su costo ético.

Esta es la etapa del ciclo del consenso de Washington que vive Fernando Henrique Cardoso en el momento presente. Imposibilitado de intentar un tercer mandato, que dependería de una reforma constitucional, le cupo presidir un proceso electoral complicado.

El problema más grave era la convicción que salía de las encuestas de opinión pública de que el pueblo brasileño no votaba más por un candidato de Fernando Henrique Cardoso. Al mismo tiempo, su partido reivindica comandar cualquier proceso electoral para sucederlo.

Esta determinación dio origen a un enfrentamiento creciente entre el Partido de la Social Democracia (PSDB) y el segundo partido del frente político que apoya al gobierno. El PFL ha sido un fiel escudero del Presidente que gobernó con un programa de derecha, más al gusto de este partido que del suyo. Pero el instinto de supervivencia política del PFL lo encaminaba hacia la oposición.

En consecuencia, el PFL lanzó una candidatura propia que le permitiese negociar en mejores condiciones la sucesión, frente a la determinación del PSDB de tener su propio candidato a

presidente y preferir hacer un acuerdo con el PMDB para la vicepresidencia. De esta forma se completaba un ciclo de distanciamiento entre el PSDB y la derecha neoliberal más consecuente.

Así, todas las fuerzas políticas buscaban abandonar el barco del fracaso económico de las políticas neoliberales. De un lado, todos reconocen que se detuvo la inflación durante el plan económico, pero, al mismo tiempo, todos reconocen que se ha pagado un costo extremadamente elevado por esta estabilidad económica y que tal vez existía alguna alternativa a esta política que condujo el país a ocho años de estancamiento y a una situación actual de claro perfil recesivo.

En 2001 el crecimiento del PIB de Brasil fue del 1,5%, en un país en el cual la población crece 1,3% y el mercado de trabajo absorbe una población joven equivalente al 2,3% de la población. Generamos cada año una masa increíble de jóvenes desempleados, o mejor dicho, excluidos del mercado de trabajo, que sirven de combustible al aumento de la violencia.

Los estudios de opinión indican sobre los temas de la violencia y del desempleo son los que preocupan a la mayoría de la población brasileña. Y cada vez se hace más clara la correlación entre los dos fenómenos. De la misma forma se atribuye cada vez más claramente esta situación a los efectos de una política económica fundamentalmente recesiva.

Estos hechos explican las contradicciones que se presentaron en el frente gubernamental. De un lado, el PSDB y la fracción gobiernista del PMDB buscaron separarse del PFL, cuyo perfil derechista fue presentado como el principal inspirador de las políticas recesivas del plan real. De otro lado, el PFL buscó separarse del gobierno en su conjunto para presentar una candidatura presidencial "independiente". La escogida fue la gobernadora del Maranhão, hija del ex presidente José Sarney, Roseana Sarney.

Desconocida por la mayoría de la población del país (como lo era Fernando Collor, hecho presidente gracias a los medios electrónicos), Roseana fue llevada al segundo lugar en las encuestas electorales en pocas semanas de programas publicitarios basados en su condición de mujer. Mientras tanto, el candidato del PSDB y

del gobierno, José Serra, no lograba crecer electoralmente.

Frente a esta situación, sectores del gobierno iniciaron una exposición a la opinión pública de las múltiples acusaciones que existen en la justicia en contra de la señora Sarney y su esposo. Esto incluyó un allanamiento de una de sus empresas. Roseana, su padre y su hermano, conocidos como el "clan Sarney" reaccionaron violentamente exigiendo el rompimiento inmediato del PFL con el gobierno.

Las cosas se precipitaron poniendo en riesgo la hegemonía de la derecha en el país. Había una clara intención de la izquierda de ganarse las fuerzas de centro para una propuesta alternativa que el país tanto deseaba. Una fórmula sólida que excluya el fracaso de De la Rúa en Argentina, el cual terminó llamando al gobierno al ministro Cavallo, el símbolo del gobierno neoliberal. Estaba claro que era necesario partir hacia una nueva política económica que recolocara el país en el camino del crecimiento económico, del pleno empleo, del desarrollo humano y sostenible. A pesar de las afirmaciones contrarias del pensamiento único, por demás fracasado y desmoralizado por la práctica social, este camino existe y será posible si se crean las condiciones políticas para ello.

2. Los Fundamentos del Fracaso Conservador

José Serra fue el candidato del gobierno. Él fue, en los años 60 y parte de los setentas, un militante de Acción Popular, organización política de la izquierda cristiana, fundada en 1962 y que, después del golpe de estado de 1964, se declaró marxista-leninista, adhiriéndose al maoísmo; fue ex – presidente de la Unión Nacional de Estudiantes y fue compañero de lista de Lula en 1978 en las luchas anti-dictadura. Su plataforma pretendía diferenciarlo de Fernando Henrique Cardoso por su interés en la cuestión social y en el crecimiento económico, aproximándolo en parte de la oposición. Su lema era la continuidad sin continuismo. Es decir, rigor fiscal y monetario con crecimiento moderado y mayores gastos sociales.

La victoria de Serra significaría la continuidad de la alianza entre las fuerzas conservadoras nacionales e internacionales y un importante sector de los cuadros técnicos y empresariales del

país. Esta alianza ganó un amplio apoyo social en 1994, al administrar la caída de la inflación brasileña que siguió a la caída de la inflación mundial en el período. Si a principios de la década del 90 casi todos los países del mundo registraban altas tasas inflacionarias, a inicios del siglo XXI hay solamente unos tres casos de inflación de dos dígitos pero en caída evidente.

Esto no impide que todos los gobiernos que coincidieron con esta deflación mundial, presentaran sus planes anti-inflacionarios como la explicación de los éxitos logrados en el período. Lo grave es que continúen con este discurso cuando la preocupación mundial es cada vez más claramente la amenaza deflacionaria. Esta es una de las causas principales de su envejecimiento.

En verdad, la continuidad de la alianza neoliberal se encuentra gravemente amenazada. La razón es simple: el favorecimiento al capital financiero nacional e internacional en el período de gobierno llevó a transferencias colosales de recursos de toda la población hacia la riqueza en forma líquida, llevó a la recesión, al aumento del desempleo y a la pérdida de posición del país en la economía mundial. Un ejemplo de esta decadencia de Brasil es la pérdida del liderazgo del producto bruto latinoamericano a favor de México y la disminución significativa de la participación de Brasil en el comercio mundial.

A pesar de la insistencia en la fuerza de los fundamentos de la economía brasileña, los inversionistas internacionales no creen en este cuento. Retraen sus inversiones, le dan un alto valor al "riesgo Brasil" y especulan en torno a la caída del real frente a un dólar que se encuentra en desvalorización a nivel mundial. A pesar de atribuirse esta desconfianza a razones políticas en función de la victoria de la oposición, la verdad es que los fundamentos de la economía brasileña van muy mal.

El elogiado superávit fiscal de cerca del 3,5% del PIB es nada más y nada menos que un "superávit primario", pues los pagos de intereses del Estado brasileño alcanzan de 8% al 9% del PIB, obligando al Estado a buscar fuentes externas del financiamiento para su déficit nominal, que es el verdadero déficit del gobierno. Este alcanza de 4 a 6% del PIB, lo que excluye a Brasil de cualquier situación de equilibrio fiscal.

Lo más grave aún es que la deuda pública aumentó durante los 8 años del equipo económico del “real”, del 26% del PIB hacia el 67% del PIB, presentando uno de los casos más espectaculares de irresponsabilidad fiscal de toda la historia de la economía.

La situación cambiaría, después de un intento irresponsable de mantener una moneda sobrevaluada por cinco años, es muy grave. El impresionante déficit comercial generado por esta política desastrosa fue agravado por los déficits en los gastos turísticos, pagos de fletes y seguros y otros ítems negativos, como la remesa creciente de ganancias hacia el exterior por las empresas que se instalaron en el país en condiciones de enormes tasas de ganancias.

Estas remesas se suman a la salida de dólares en el mercado financiero para remitir las ganancias del “hot money” que invierte en los títulos de la deuda pública a 30, 45 o 90 días, cotizados en dólares y pagando un interés del 21% en el momento actual (intereses que llegaron al 48% al año en 1995-1996), manteniéndose siempre como el más alto del mundo.

No es necesario insistir sobre las dificultades que el país encuentra en cerrar sus cuentas externas nacionales al final de cada año. Esto solo ha sido posible a través de la atracción de capitales del exterior para captar estos intereses colosales a corto plazo, o para comprar empresas estatales privatizadas a precios extremadamente convenientes para los inversores. Ambas fuentes desaparecieron con la necesidad de devaluar la moneda. Esto llevó a la retirada masiva de dólares del país en la segunda mitad de 1998 hasta la devaluación del enero de 1999 que no logró revertir seriamente la situación cambiaria. Solamente con la generosa ayuda de un fondo de 41 mil millones de dólares, administrados por el FMI, pudo Brasil salir del paso.

En 2002, la situación no ha cambiado significativamente en relación a 1999. El superávit comercial que se esperaba como resultado de la devaluación ha sido extremadamente modesto hasta el segundo semestre del 2002 y el hoyo de la balanza de pagos se profundizó cada vez más. El miedo de los inversores de nuevas devaluaciones es superior a todas las ventajas que pueda ofrecer el gobierno brasileño en el momento actual.

No se puede por lo tanto enmascarar la gravedad de la situación con discursos sobre “sólidos fundamentos” absolutamente inexistentes. Hemos visto estos elogios al México de Salinas, a la Argentina de Menem y de Cavallo, al Perú de Fujimori, al Chile de Pinochet antes del desastre de 1982, etc.

Lo grave de la situación es el intento del equipo económico responsable por esta situación desastrosa de exigir la continuidad de su política, a la oposición. Más grave aún es la vacilación de sectores de la oposición frente a estas presiones que se articulan con las presiones especulativas en un mercado frágil y fluido por principio. Este fue el camino del presidente De la Rúa en Argentina que terminó por convocar nuevamente al gobierno a su enemigo número uno, el propio Cavallo.

Este cuadro de presiones y contrapresiones desplazó el debate político en Brasil hacia el tema de la transición. Habrá ruptura, dice Lula en la Convención Nacional del Partido de los Trabajadores, pero deberá haber un período de transición. Algunos más atrevidos apuntaron hacia la necesidad de mantener los cuadros del equipo económico que logró conservar su autoridad a pesar de los desastrosos resultados de su gestión.

Los demás candidatos de la oposición (Ciro Gomes y Anthony Garotinho) criticaron cualquier vacilación en determinar un camino de rompimiento con el modelo neoliberal, a pesar de que *Ciro Gomes* era el Ministro de Economía de *Itamar Franco* cuando se inició el Plan Real y tomó gran parte de las medidas de apertura económica unilateral que se encuentran cuestionadas junto con los aspectos financieros del modelo actual. Esta contradicción fue explorada electoralmente por *José Serra* llevando la candidatura de *Ciro* al último lugar.

Como vemos, el clima de “aproximación” entre los programas de los candidatos no garantizaba una situación tranquila. Durante la campaña electoral tuvieron que profundizar el debate sobre las verdaderas coincidencias y diferencias. No hay duda que este debate tiene importante repercusión en los medios políticos, profesionales y académicos. Sobre todo cuando la experiencia argentina al lado, parece indicar los caminos posibles en la presente coyuntura.

Todos buscan evitar una tensión tan grave y sacrificios tan formidables para la población. Pero el camino hacia la superación de la crisis está lleno de peligrosos abismos. El más peligroso de todos son las imposturas intentadas por los economistas de tercera línea de las universidades de alto ranking que dominan los organismos internacionales, según Joseph Stiglitz. Lo que no impide que sean seguidos en masa por las cuartas y quintas líneas que dominan gran parte de los medios de comunicación a servicio de las falsedades e imposturas.

3. Romper el Imperio del Pensamiento Único

No hay duda que la implantación del pensamiento único en las dos últimas décadas produjo una incapacidad de poner sobre la mesa las cuestiones correctas. En su lugar, se desarrolla un discurso cerrado, que frente a cualquier contestación, recurre siempre a las mismas preguntas, cargadas de prejuicios y estigmas a los adversarios con la intuición de desmoralizarlos. Se trata de un método de imposición de ideas recusándose a analizarlas o discutirlos. Nadie puede cuestionar la "verdad" indiscutible de los principios del pensamiento único...

Lo grave es que esta actitud no es practicada solamente en el plano teórico. La misma táctica es utilizada en el plano político, visando asegurar la continuidad de prácticas ya fracasadas, aún cuando las evidencias en su contra han alcanzado una claridad incontestable. Exactamente porque no se puede contestar las evidencias se huye de ellas a través de las preguntas capciosas que pretenden ser un reflejo de las verdades incontestables de los altos conocimientos técnicos de los sacerdotes de la ciencia económica.

Es necesario resaltar que estas notas siguen una argumentación que hemos desarrollado en varias ocasiones y que busca demostrar la tesis de que la ciencia económica bajo su forma neoliberal ha asumido un rol similar al de la escolástica en la Edad Media Occidental.

Se trata de un bloqueo mental con el objetivo ideológico de garantizar la manutención de un orden existente, no solo en el plano intelectual y moral, sino en todo un modo de producción y organización social que ya se encuentra condenado por sus contradicciones internas, pero sobre todo, por sus contradicciones con las

potencialidades humanas de alcanzar nuevos niveles de vida y de civilización.

Veamos algunos ejemplos que afectan dramáticamente las luchas políticas y sociales en nuestros días:

El primero ejemplo es el que se refiere a la capacidad de la humanidad de resolver algunos de los problemas históricos que la persiguió por tiempos ancestrales, como la erradicación del hambre y de la pobreza, o la generalización de la educación, de la salud y del ocio.

Todos sabemos que el impresionante desarrollo de las fuerzas productivas basadas en la revolución científico-técnica permite que todas estas cuestiones sean resueltas técnicamente. El hecho de que no se implementen las soluciones posibles es una consecuencia evidente de la organización social y política en franca decadencia a que nos referimos líneas arriba.

El pensamiento neoliberal quiere exactamente restringir las soluciones de estos problemas fundamentales a los límites del funcionamiento del "libre mercado" y de una noción anticuada y reaccionaria del equilibrio económico. Al establecer un modelo ideal de equilibrio basado en los llamados fundamentos de la economía: el monetario, el fiscal, el cambiario, el de la oferta de trabajo (infiltrado en las conclusiones de la infame curva de Phillips que considera el pleno empleo una fuente absoluta de inflación), el pensamiento neoliberal impone las condiciones de realización de este equilibrio por sobre el desarrollo económico y social de la humanidad.

Es necesario destacar que este equilibrio no ocurre en ningún lugar de la Tierra. Por el contrario, la economía mundial contemporánea, particularmente en la fase actual, dominada por la globalización salvaje, es caracterizada por un brutal desequilibrio fiscal, que tiene por centro la aventura del déficit fiscal norteamericano; el brutal e incontrolable déficit comercial norteamericano; y las dificultades derivadas del crecimiento económico sin generación de empleo, que permite la combinación de crecimiento y altas tasas de desempleo, y que refleja la no-transferencia de los avances tecnológicos y de la productividad para la jornada de trabajo de los asalariados.

Es claro que estos desequilibrios son la consecuencia directa de una “ciencia” económica basada en un modelo construido a partir de primicias ideológicas desde las cuales se deduce una realidad.

Más claramente: desde la noción del individuo utilitarista y posesivo como la base de la naturaleza humana se deduce que el libre mercado es la opción óptima para la humanidad y de que su pleno funcionamiento tendrá efectos virtuosos definitivos formalizados en ecuaciones matemáticas más o menos sofisticadas.

Como la realidad no se comporta como estos modelos la describen, nunca será posible encontrar una realidad que se aproxime a los mismos. Esto es aún más grave cuando la competencia mercantil asume la forma de la competencia monopolística u oligopolística (o de las imperfecciones de mercado que estudia Joseph Stiglitz), como ocurre en nuestro tiempo.

En tales circunstancias, las políticas de “liberalización” de mercados sólo sirve para entregar ramas enteras de la economía a las corporaciones monopolistas cuyos comportamientos se hacen cada vez más obvios en la presente crisis “ética” de las bolsas de acciones en Estados Unidos.

Es pues obvio que los límites de gastos que se imponen sobre los Estados locales, regionales o nacionales derivan directamente de los brutales desequilibrios fiscales y cambiarios creados por las transferencias colosales de recursos públicos hacia el capital monopolista, en particular el capital financiero, bajo la forma de pago de los servicios de las deudas públicas, administrados por los Bancos Centrales y otros órganos de operación de una tecnocracia cada vez más poderosa.

Es para ocultar estos hechos brutales que se inventó la pregunta infaltable cuando se demanda la acción del Estado para resolver los problemas claves de la humanidad a que nos referimos arriba: ¿de dónde vendrán los recursos? Pues nunca habrá recursos disponibles cuando se comprometen los gastos públicos con el pago de intereses administrados según objetivos oportunistas, disfrazados de rígidos principios técnicos.

Véase el caso de la llamada crisis de la Previsión Social. Los gastos de la previsión social y del bienestar aparecen como “déficits” públicos insostenibles, mientras el pago de intereses a los capitalistas se presentan como “responsabilidad fiscal” ineludible.

Lo mismo ocurre con las “empresas” públicas, rubro en el cual se incluyen fácilmente instituciones que son sostenidas por el tesoro nacional como las universidades públicas. O, en el caso de empresas realmente lucrativas, cuyos gastos en inversiones son contabilizados como ¡“déficit” fiscales!

Es así que tenemos que soportar las preguntas repetidas: ¿Cómo financiar el déficit creciente de la previsión social cuando el número de ancianos es cada vez más alto? Claro que la respuesta es simple: cuando la productividad crece más rápidamente que los ancianos habrá siempre recursos para financiarlos con el mismo tiempo de trabajo anterior o hasta menos tiempo, siempre que los resultados del aumento de la productividad se distribuya socialmente de manera justa.

Otro ejemplo se refiere a la mentada tasa de interés. Todos sabemos que las tasas de interés se convirtieron en un ítem de las políticas públicas, administradas por los Bancos Centrales, más o menos independientes. Los criterios para la fijación de esas tasas de interés están ligados al aparato conceptual de los economistas neoliberales. Las tasas de interés son usadas para contener la demanda y restablecer el equilibrio macroeconómico antiinflacionario. Otras veces, como en nuestros países, ellas son elevadas para atraer capitales del exterior. No se puede decir jamás que sean tasas de interés formadas en el mercado. Al contrario, se trata de un instrumento reconocido de políticas públicas.

Sin embargo, cuando determinadas corrientes políticas o ideológicas defienden la necesidad de bajar las tasas de interés para lograr los objetivos contrarios a los principios reaccionarios que orientan la tecnocracia neoliberal, viene siempre la pregunta capciosa: ¿Y como pretende bajar la tasa de interés?

La respuesta debe ser contundente, definitiva y radical. La verdadera cuestión es exactamente la opuesta: ¿cómo pueden haber elevado tanto la tasa

de interés en nuestros países? Cómo pueden haber agredido de manera tan radical el funcionamiento del mercado, al punto de establecer tasas de interés muy superiores a la tasa de crecimiento de la economía, que sería el límite teórico para que la tasa de interés no cumpla un rol negativo, dejando de ser un factor de financiamiento para transformarse en una fuerza de desfinanciamiento de la economía... O, más claramente, a través de una tasa de interés superior al crecimiento de la renta se crea un instrumento de transferencia de la misma de los sectores productivos hacia los sectores parasitarios de la sociedad.

Es pues muy evidente que los que formulan estas cuestiones deberían responder a las verdaderas preguntas que cabe a la sociedad hacer frente a los responsables de políticas económicas cuya arrogancia oculta los intereses que defienden. Es evidente que no pueden responder a estas cuestiones desde el punto de vista técnico en que dicen situarse. Pues no hay sostén técnico posible para estas tasas arbitrarias de interés, así como para las fijaciones cambiarias administradas por los técnicos, por lo menos desde el principio de la década del 90, en la mayor parte de los países de América Latina. Así como no hay ningún fundamento técnico para la mayor parte de las medidas que toman estos señores en beneficio del capital financiero internacional.

Creo que el argumento está bien ilustrado. Sin embargo, se necesita una buena dosis de osadía para romper con el terrorismo intelectual impuesto por el pensamiento único. Hay que ser claros y directos: a pesar de sus pretensiones de técnicos independientes, estos señores son malos técnicos al servicio de intereses inconfesables... Hay muchas preguntas que hacerles...

4. Disonancia Cognitiva

En psicología social se habla de una disonancia cognitiva entre los sujetos cognoscentes y la realidad que perciben. Este es un fenómeno muy común, sobretodo en nuestros días en los cuales nuestra percepción de la realidad es mediatizada por los medios de comunicación, los cuales acostumbran servir a intereses contrarios a la revelación de la verdad.

El presidente Fernando Henrique Cardoso ha utilizado, en Uruguay, este concepto para referirse a una pretendida "disonancia cognitiva" entre la percepción de los mercados financieros y la realidad económica de Brasil. Desgraciadamente quien sufre de una disonancia cognitiva es el presidente saliente de Brasil al intentar ocultar, sinceramente o no, la gravedad de la situación financiera que su gobierno ha impuesto a este país.

Presentemos, de inicio, un argumento definitivo. El gobierno de Brasil paga hoy las más altas tasas de interés del mundo bajo el argumento de que ellas reflejan las altas tasas de riesgo del país. Pues bien: si Brasil paga las más altas tasas de interés del mundo tiene que estar necesariamente entre los países de más alta tasa de riesgo del mundo, tal como lo califican, en este momento, las agencias especializadas en estas evaluaciones.

Si estas evaluaciones son absurdas, como dice el Presidente, también son absurdas las más altas tasas de interés que paga el Banco Central de Brasil. Sin embargo, cuando la oposición y gran parte de los empresarios critican las altas tasas de interés, el gobierno y sus técnicos responden que estas tasas son un reflejo realista del mercado y ridiculizan las propuestas de la oposición de bajarlas en el próximo gobierno.

O una cosa u otra: si se justifica el pago de las más altas tasas de interés del mundo se justifica la ubicación de Brasil entre los más altos índices de riesgo del mundo. O viceversa: si es un error situar a Brasil entre las economías de más alta tasa de riesgo del mundo hay que bajar significativamente la tasa primaria de interés que inviabiliza el crecimiento y nos conduce a un déficit fiscal gigantesco, que solo hace aumentar nuestra tasa de riesgo.

Pero las disonancias cognitivas del presidente van mucho más lejos. Él pretende haber llevado el país a la modernidad y haber equilibrado sus finanzas e instaurado el reino de la estabilidad monetaria y del rigor fiscal en el país. Es necesario no saber de nada que de lo ocurre en Brasil para creer en estas fábulas.

Vamos por partes:

Empecemos por la cuestión cambiaria. El presidente FHC inició su gobierno con una

situación cambiaria extremadamente positiva. Brasil disponía de 32 mil millones de dólares de reservas, un superávit comercial de 16 mil millones de dólares y había balanceado razonablemente el pago de sus deudas externas después de una larga negociación en la cual participó él mismo, entonces senador, Fernando Henrique Cardoso.

Fernando Henrique Cardoso deja el gobierno con menos de 5 mil millones de dólares de reservas, un superávit comercial de 8 mil millones anuales y un déficit en cuenta corriente de cerca de 40 mil millones de dólares. Los pagos de intereses internacionales están en plena cima y las obligaciones del gobierno con el Fondo Monetario Internacional implican gastos inmediatos en dólares cuyo aplazamiento es lo que permite disponer de estas modestísimas reservas.

Al mismo tiempo, para complicar aún más la gravedad de la situación cambiaria, varias empresas brasileñas lanzaron títulos en el exterior en la fase de valorización artificial de la moneda nacional y altísimas tasas de interés internas. Hoy, con una desvalorización de cerca de 3 veces del real, la capacidad de pago de estos préstamos por las empresas brasileñas que venden o prestan servicios para el mercado interno es simplemente catastrófica y los bancos internacionales se niegan a renegociar el cobro de estas deudas que vencen masivamente en el año de 2002. Se calculan en cerca de 14 mil millones de dólares los pagos inmediatos que deben hacer estas empresas que presionan dramáticamente el mercado interno de dólares, desvalorizando aún más el real.

Pero ahí no se detiene la disonancia cognitiva del presidente. Él pretende presentar a Brasil como un modelo de responsabilidad fiscal. Veamos los hechos: El presidente llegó al gobierno en 1994 cuando el gobierno federal tenía una deuda total de cerca de 64 mil millones de reales. Esta deuda equivalía a poco más del 20% del Producto Interno Bruto (PIB). Hoy día, el gobierno de FHC produjo un volumen de deuda de más de 600 mil millones de reales. Deuda que crece todos los días por estar en gran parte dolarizada (a pesar de ser rescatada en reales). Esta deuda se aproxima del valor total del PIB, en la medida en que el real se desvaloriza y aumenta el valor en real de las deudas del gobierno federal.

Para agravar aún más la situación, se trata de una deuda a muy corto plazo. Basta decir que su rotación total se hacía en 24 meses hasta hace algunos meses, después de un enorme esfuerzo del gobierno para alargarla. Con la crisis actual, estos plazos tienden a ser de 18 meses. Aún más grave: debido a las altas tasas de interés el pago de estos intereses se aproximan del 10% del PIB, obligando al Estado a producir "por lo menos" 3,7% de superávit fiscal anual para cubrir parte de estos pagos, completándolos con préstamos del FMI.

Llamar a este desastre fiscal como una de las más altas expresiones de responsabilidad fiscal en el mundo, es un caso dramático de disonancia cognitiva. Lo peor es que el pueblo brasileño fue sometido a un verdadero asalto fiscal para sostener estas transferencias brutales de recursos públicos hacia el sector financiero y los especuladores nacionales o internacionales. Las entradas fiscales del Estado brasileño se elevaron en el período FHC del 26% del PIB hacia el 34% del PIB.

Es evidente que en este cuadro fiscal no hay ningún lugar para las inversiones públicas que fueron eliminadas, no hubo aumento salarial para el funcionalismo público en todo el período, las inversiones sociales en educación, salud y habitación estuvieron muy abajo del aumento de los precios, sin hablar de cualquiera cálculo en dólares que daría resultados dramáticos.

El lector debe preguntar entonces por los resultados en la economía real. En este mismo período, el crecimiento de Brasil ha sido de los más bajos de su historia (si calculamos en reales pues si lo calculamos en dólares tendremos una caída colosal desde la devaluación de 1999). El crecimiento del PIB en 2002 deberá estar en torno al 1% (1,5% según CEPAL, EyS), muy por debajo del crecimiento de la población, lo que técnicamente se puede caracterizar como una recesión. El desempleo alcanza este año el más alto índice de la historia del país. La concentración del ingreso pone a Brasil entre los más injustos países del mundo.

Este descalabro cambiario, fiscal y económico pretende ser compensado por el control de la inflación. Sin embargo ni esta conquista puede ser reivindicada por el gobierno actual. La tasa de inflación está en plena alza y quizás lleguemos al

final del 2002 con algo cercano a los 10% de inflación (12,5% según CEPAL, EyS). Con una crisis fiscal de esta dimensión y una crisis cambiaria del porte de la que vivemos, no se puede imaginar una dificultad muy grande para controlar la inflación. El único recurso que utiliza el gobierno hasta el momento es el aumento de la tasa de interés y las consecuentes bajas de la demanda y la recesión.

Sin embargo, la alta tasa de interés es la culpable del déficit público, provoca la recesión e impacta dramáticamente sobre los precios de los productos y servicios en toda la economía. Nada justifica mantenerla por lo tanto en un nivel tan elevado. Al contrario de lo que dicen los economistas oficiales del Estado, en vez de ser un factor de control de la inflación la alta tasa de interés primaria pagada por el Estado, aliada al brutal control del crédito, se ha convertido en un terrible factor inflacionario.

No sabemos si Fernando Henrique Cardoso sufre de una disonancia cognitiva tan dramática o si simplemente intenta presentar los hechos para favorecer la propaganda de su gobierno. Los especuladores internacionales no le creen. El pueblo brasileño también no le cree y votó masivamente en los candidatos presidenciales de la oposición que tuvieron cerca del 73% de los votos en la primera vuelta de las elecciones de 3 de octubre de 2002.

Tenemos aquí un grave dilema: o los especuladores y la población de Brasil viven de acuerdo con una deformación total de su realidad o el Presidente debe revisar su percepción del país.

5. El Debate sobre el Nuevo Orden Internacional

Entre los años cincuenta a setenta algunos intelectuales africanos alcanzaron la dirección política de sus países recién liberados del yugo colonial. Formados en Europa, tenían un lenguaje y compartían ideales adquiridos en universidades europeas en las cuales estudiaron.

La intelectualidad europea de izquierda los recibía con entusiasmo a pesar de que, en sus países, ponían en práctica una política muy diferente de los principios doctrinarios que defendían para el mundo. Su prestigio personal los

colocaba muy por encima del prestigio de sus países, en graves dificultades económicas y con poblaciones sometidas a condiciones económicas, sociales y culturales muy precarias. Este ha sido el caso de Senghor en el Senegal, de Kruhama en el Congo, de Sekou Touré en la Guiné Konoai.

Durante un largo período, fueron dirigentes de procesos revolucionarios que no podían llegar a sus últimas consecuencias pero que continuaron incorporados ideológicamente a los valores y símbolos de sus revoluciones, buscaron demostrar su fidelidad revolucionaria a través de sus políticas exteriores. Este ha sido particularmente el caso del PRI mexicano cuya política exterior de vanguardia lograba ocultar las concesiones crecientes a los enemigos de la Revolución Mexicana.

En el nuevo milenio, asistimos al renacimiento de situaciones aparentemente similares. El presidente de Brasil, un intelectual de prestigio internacional, realizó un discurso en el escenario predilecto de los casos citados arriba: la Asamblea Nacional Francesa. La opinión pública brasileña fue informada de que esta era una situación absolutamente excepcional que se debía al prestigio de Brasil y de su presidente.

En seguida el Presidente Fernando Henrique Cardoso realizó varias entrevistas y una reunión con el presidente George W. Bush, donde había planteado tesis críticas a la política norteamericana. Consagrando estas intervenciones, que habían sido precedidas de una conferencia académica realizada en España en el mismo tono, desarrolló sus argumentos sobre la democracia como valor universal.

Surgieron inmediatamente varias críticas que reclamaban sobretodo, la distancia entre los planteamientos realizados por el intelectual que no correspondían para nada a las políticas realizadas por el presidente en Brasil.

Es importante analizar esta situación para evaluar correctamente la extensión y profundidad de un discurso internacional que aspiraba colocar su autor y la diplomacia brasileña en el liderazgo de los países emergentes y subdesarrollados. Sería extremadamente positivo que estos sectores excluidos de los centros protagónicos estuvieran encontrando una voz autorizada para expresar sus

necesidades y aspiraciones en los foros internacionales.

Empecemos por analizar los antecedentes históricos señalados en el principio de este apartado. Senghor, Nkrumah, Sekou Touré enfrentaban terribles dificultades internas en sus países y duras restricciones internacionales para llevar a la práctica sus ideales nacionalistas y democráticos.

Esto los diferencia profundamente de Fernando Henrique Cardoso. Para llegar al gobierno, FHC optó por aliarse a fuerzas decadentes en el país. Particularmente a una derecha que venía de un largo compromiso con la dictadura militar, expresada en el Partido del Frente Liberal (PFL), desprendimiento del partido ARENA, responsable civil por la dictadura militar; el Partido Progresista Popular, PPB, que era la continuidad de la ARENA; el Partido Trabajador Brasileño compuesto de un grupo de oportunistas que había usurpado la sigla histórica de Vargas, Goulart y Brizola a través de un golpe con el Tribunal Electoral de la dictadura militar.

Del otro lado, FHC y su partido desprendido del Partido del Movimiento Democrático Brasileño, el PMDB, se opuso a las demás fuerzas del frente democrático brasileño: el Partido de los Trabajadores, el Partido Democrático Trabalhista, el PPS, ex-Partido Comunista Brasileño, el Partido Socialista Brasileño, en fin todas las fuerzas que componían un amplio Frente de Centro-izquierda en el país.

Las elecciones de 1994 polarizaron así, un Frente de Centro-Izquierda, del cual se desprendió el Partido de la Social Democracia Brasileña (PSDB) para aliarse a la derecha y formar un frente de Centro-derecha. Su gobierno se constituyó claramente bajo esta orientación de centro derecha.

En el comienzo había varias justificaciones para defender esta alianza. La principal buscaba situar las fuerzas en torno de Lula en una perspectiva de ultra izquierda y, de otro lado, se buscaba explicar la necesidad de contar con la derecha para garantizar la gobernabilidad.

Sin embargo, con el paso de los años, FHC asumió de tal forma el programa de la derecha en el país que eliminó cualquier posibilidad de un

liderazgo autónomo de la derecha que pasó totalmente a su control. La primera razón para esta alianza tan estrecha era el objetivo cada vez más explícito de reformar la constitución brasileña, para obtener el estatuto de la reelección. Para tal objetivo se necesitaba los dos tercios del parlamento y no se contaba para nada con los votos de la izquierda.

También se necesitaba los dos tercios del parlamento para aprobar una nueva ley de privatizaciones que permitió la dilapidación total del Estado brasileño construido durante los años del Varguismo, iniciados con la revolución de 1930, y que la dictadura militar, instaurada el 1964, no logró destruir, a pesar de haber llegado al poder con el programa liberal preparado por Roberto Campos y los ultra liberales que asaltaron el poder junto con los militares.

Se necesitaba de dos tercios del parlamento para terminar con la propiedad nacional del subsuelo y de las minas del país, para terminar con el monopolio del petróleo que pertenecía a Petrobrás, para terminar con la mayor compañía minera del mundo, la Valle del Río Dulce, reducida a la condición de una compañía privada que maneja yacimientos mineros evaluados en billones de dólares adquiridos por unos 6 mil millones de dólares.

El Frente de centro-derecha sirvió por lo tanto para introducir “reformas” fundamentales exigidas por el Fondo Monetario Internacional y por el Banco Mundial, a pesar de que en el momento inicial, el gobierno FHC no sufrió restricciones internacionales significativas.

Fernando Henrique Cardoso llegó al poder en Brasil con la deuda externa recién renegociada (en condiciones inferiores a países como México pero bastante razonables a corto plazo), con reservas en divisas de 32 mil millones de dólares, con un superávit comercial en torno de 16.000 millones de dólares anuales, con una situación fiscal bastante razonable, con una deuda interna de 65.000 millones de dólares, correspondiendo al 35% del Producto Bruto Interno. Tenía por lo tanto excepcionales condiciones de negociación nacional e internacional.

Es terrible constatar que la depredación del Estado realizada por sus aliados y por sus compañeros haya llevado el país hacia un desastre colosal. Al

final de su gobierno la situación es completamente opuesta. El Brasil tiene hoy día una deuda externa explosiva, no tanto por su valor directo sino por el aumento de deudas de particulares que dobló la deuda del país y que terminará asumida por el Estado si continúan en el poder las fuerzas actuales.

La deuda pública aumentó 10 veces. El Estado brasileño debe hoy cerca de 680.000 millones de reales en forma de deudas internas que en gran parte están comprometidas segundo una indexación al dólar. Esto representa el 56% más o menos del PIB. Lo peor sin embargo son los servicios de esta deuda que llegan a los 10 o 12% del PIB debido a las altísimas tasas de interés pagadas por el Estado a sus deudores internos, nacionales y extranjeros, las cuales llegan hoy día a 21% anuales, habiendo llegado en 1995-96 hasta el 48 % al año en moneda fuerte.

Como consecuencia de estos gastos colosales para el pago del servicio de la deuda interna, el Estado brasileño, que presentaba una envidiable situación en 1994 presenta hoy día un déficit nominal de cerca del 6% del PIB. Esto porque el sector público produce un "superávit primario" de cerca de 4% del PIB que se destina única y exclusivamente al pago de intereses.

Para coronar esta situación se impuso a través del parlamento una ley de responsabilidad fiscal que obliga a los gobiernos locales, estatales y nacional a destinar todos los superávits fiscales al pago de las deudas públicas, con pena de prisión a los administradores que se nieguen a destinar sus recursos públicos a los bancos y no a las necesidades sociales de sus ciudadanos.

Como vemos, por lo tanto, no se trata de un gobierno que no dispone de recursos para desarrollar importantes políticas sociales. Tratase de un gobierno que, utilizando argumentos de mala ciencia económica, prefiere comprometer sus recursos, obtenidos a través de impuestos cobrados a la población, al pago de intereses a un sistema bancario que vive hoy en más del 80% de préstamos al Estado, negándose a realizar cualquier préstamo a particulares.

Es necesario señalar que el gobierno ha creado un programa de apoyo a los bancos en quiebra (a pesar de todas las ventajas obtenidas) de cerca de 35.000 millones de dólares que se suman a los

120.000 millones transferidos anualmente en forma de pagos de interés.

No se puede comparar esta situación a la de los líderes africanos que contaban con serias restricciones a pesar de que sabemos que han acumulado en general fortunas personales muy superiores a las posibilidades de sus países.

Tampoco se puede comparar el caso brasileño al mexicano. Sea como sea, el PRI defendía en los foros internacionales posiciones de vanguardia que dieron Premios Nobel a muchos mexicanos en el campo del derecho internacional y de la literatura. Su política exterior iba desde el rompimiento diplomático con la España fascista hasta el rompimiento con Pinochet y a negarse a romper con Cuba el resto de América Latina lo hacía.

Al contrario, el gobierno brasileño tuvo la brillante idea de llamar a una reunión del TIAR, tratado militar decadente de las Américas, para apoyar a los Estados Unidos, atacados por terroristas no ligados a ningún Estado y aún desconocidos, después del atentado a las Torres gemelas y al Pentágono.

El hecho de que posteriormente el gobierno brasileño haga tímidas restricciones a que se responda con la guerra a un Estado determinado y se amenace a otros para responder a una acción no estatal corresponde a la voluntad del pueblo brasileño. En los sondeos de opinión, casi 80% de los brasileños condenan la guerra en Afganistán. Debemos saludar el hecho de que por lo menos en esta ocasión la diplomacia del país actúe de acuerdo con la casi totalidad de la opinión pública brasileña.

Lo mismo debemos hacer en la cuestión de la quiebra de propiedad de las patentes de medicamentos necesarios para el combate contra el SIDA y otras enfermedades en Brasil. En este caso la diplomacia brasileña está defendiendo principios que son absolutamente necesarios para la mayoría de los países del Tercer Mundo, particularmente los africanos.

Que bueno que con la proximidad de las elecciones, en las cuales la opinión pública promete votar en un 70% contra el gobierno, se busque sintonizar con la opinión pública brasileña por lo menos en el plano internacional. Son en

general iniciativas modestas pero importantes para la humanidad. Esperemos que finalmente la victoria de la oposición venga a favorecer realmente un nuevo orden económica mundial, pues no hay duda que un Brasil soberano y progresista será un apoyo muy grande hacia las causas de la paz, la democracia y la justicia social en plano mundial.

6. Elecciones Cruciales

Las elecciones de octubre de 2002 fueron talvez las más significativas de la historia de Brasil. Hay que acordarse, en esta oportunidad, de que el pueblo brasileño eligió al presidente de la República, los diputados nacionales, dos tercios del Senado, los gobernadores de todos los estados y sus respectivas asambleas legislativas. Solamente no fueron renovadas en esta ocasión las autoridades municipales, cuyas elecciones se realizaron en el 2000, presentando un crecimiento muy significativo de los partidos de la oposición, particularmente del Partido de los Trabajadores.

Intentemos resumir el cuadro electoral tal como se presentó en aquel momento:

En realidad, el país se dividió fundamentalmente en dos grandes bloques de fuerza. De un lado, los que apoyan al gobierno y se reúnen en torno del presidente Fernando Henrique Cardoso. Se trata de una coalición que tiene a su cabeza el partido del presidente, el Partido de la Social Democracia Brasileña (PSDB) que agrupa una parte de la oposición a la dictadura militar de 1964 a 1988 (cuando se votó una nueva constitución democrática en el país). El PSDB reivindicó su derecho de estar a la cabeza del bloque de fuerzas gobiernistas y lanzó a José Serra, economista muy ligado al presidente y que ocupaba el ministerio de la salud. La candidatura de Serra provocó descontentos en el partido pero se firmó definitivamente. Su principal problema siempre fue el bajo índice de aceptación que disfrutaba en la población.

Recordemos que Fernando Henrique contó en su gobierno con el apoyo decidido del Partido del Frente Liberal (PFL) que reunía a los sectores de la dictadura militar que se separaron de la misma en vísperas de las elecciones presidenciales de 1984. Ellos construyeron una mayoría a favor de Tancredo Neves que permitió a la oposición elegir al presidente, en el colegio electoral, creado por

la dictadura para asegurar la elección de sus candidatos. Con este acto el PFL consiguió el pase hacia el régimen democrático pero no logró superar totalmente sus orígenes. Sus bases políticas se concentran en el nordeste del país, donde dominan aún los jefes tradicionales y su programa de gobierno huele a un neoliberalismo brutal.

El PFL se rebeló en contra de la situación de coadyuvante del PSDB y lanzó una candidatura propia a la presidencia. Roseana Sarney, la gobernadora del estado del Maranhão, en el nordeste de Brasil, hija del ex presidente José Sarney, que obtuvo resultados fantásticos de intención de voto después de haber sido expuesta en varios programas de televisión contratados por el PFL. Rápidamente se encontró en el segundo lugar en las encuestas electorales, muy arriba de Serra, llegando al 23% de intención de voto. Pero eran muchos los que dudaban de este éxito electoral. Para empezar, los mismos dirigentes del PFL, para quienes su criatura se había hecho demasiado exitosa y se vieron obligados a impulsarla, cuando les bastaba una vicepresidencia. Ellos conocían los límites que representan sus bases electorales circunscritas al nordeste y partes del sur. Pero se complicó la continuidad de la unidad sobretudo cuando la policía federal allanó una empresa de Roseana Sarney donde se encontró un gran volumen de dinero en especie. Serra fue acusado de armar el golpe que liquidó la candidatura del PFL.

El bloque gubernamental se apoyó sobre el inestable Partido del Movimiento Democrático Brasileño (PMDB), formado sobre todo por las fuerzas de oposición a la dictadura militar, además de muchos miembros de la dictadura que se transfirieron hacia la oposición con la perspectiva de la victoria presidencial en el Colegio Electoral de 1984. El caso más notorio es el del ex Presidente José Sarney, quien salió de la presidencia del partido de la dictadura (el PDS) hacia el PMDB, con el objetivo de postularse a la vicepresidencia junto del candidato de la oposición en 1984. Es siempre bueno recordar que solamente debido a la muerte del candidato vencedor en vísperas de su toma de posesión le cupo a él todo el mandato que le cabría a Tancredo Neves.

El PMDB participó en el gobierno Fernando Henrique Cardoso con varios ministros pero vivió

bajo la presión de gran parte de sus bases para retirarse del gobierno y tener candidato propio. Es importante registrar que en algún momento, nada menos que Itamar Franco (enemigo declarado de Fernando Henrique Cardoso y de gran parte de su política, que se inició sin embargo bajo su tutela, ya que lanzó a FHC como presidente en 1994, cuando era su ministro de economía) fue el candidato preferido de las bases del partido. Su dirección, totalmente comprometida con FHC, logró impedir la realización de una previa electoral que consagraría a Itamar y librarse de esta presión para presentar la candidata a vicepresidente de Serra. Esto enfureció aún más el PFL, que detenía la vicepresidencia de FHC, y llegó a las elecciones sin candidato propio ni a la presidencia ni a la vicepresidencia.

El cuarto partido del Frente que apoyó a Fernando Henrique es el Partido Laborista Brasileño (PTB). Sin embargo, su descontento con el gobierno y su cálculo de una segura derrota del mismo en las elecciones llevó este partido a apoyar el candidato de la oposición que en aquél momento detenía el segundo lugar en las encuestas, Ciro Gomes. Es muy poco agradable explicar qué es el PTB. Trátase de un partido creado en 1981 para impedir el renacimiento del Partido de Vargas y João Goulart, el presidente derrumbado por la dictadura. El heredero de este partido, Leonel Brizola, tuvo que cambiar el nombre de su partido por el de Partido Democrático Laborista debido a esta maniobra de la dictadura cuando la amnistía permitió la organización de partidos en el país. Ahí se acumularon todo el tipo de negociantes de sigla. Su apoyo a Ciro Gomes hizo caer su posición electoral. Él, que aparecía siempre en segundo lugar en las encuestas como miembro del pequeño Partido Popular Social (PPS) nada menos que el ex Partido Comunista Brasileño, terminó la elección en cuarto lugar, con 10% de los votos, después de Lula, Serra y Garotinho.

Como se ve, el bloque de fuerzas que sostuvo a Fernando Henrique en dos mandatos empezó a dividirse como resultado de la pérdida de apoyo electoral del gobierno y la convicción de gran parte de los políticos de su inevitable derrota en octubre del 2002. Es interesante notar que todos buscaban separarse de la política económica del gobierno. Las encuestas de opinión revelaron claramente que existía una fuerte mayoría favorable a un programa de centro-izquierda en el país y una decisión firme de derrotar el gobierno.

Por esta razón incluso el candidato del PSDB, José Serra, se presentó como un opositor a la política económica. Oposición ésta que lo habría llevado a dimitir del cargo de ministro del plan real para ser reubicado como ministro de la salud. Roseana Sarney en su rápido estrellato se presentó como una mujer en la política que llamaba a la unidad nacional para que Brasil no siguiera el camino de Argentina. Eso a pesar de que su partido presentaba un programa neoliberal muy consecuente y siempre se ha alineado con la política económica del gobierno.

Para completar este cuadro habría que señalar que el quinto partido que apoyaba el gobierno FHC era el Partido Popular Brasileño (PPB) que reúne los sectores de la dictadura militar que continuaron fieles a la misma en 1984. Ellos lanzaron la candidatura de Maluf a la presidencia en el Colegio electoral en 1984. Y continúan muy ligados a él. Han hecho críticas a la política económica por errores de aplicación y mala gestión de los principios con los cuales están de pleno acuerdo. Insatisfechos con su posición secundaria en el bloque de poder, pretendían lanzar una candidatura propia a la presidencia pero desistieron de este proyecto terminando, como el PFL, sin candidatos a presidente y vicepresidente.

Este bloque de fuerzas de centro-derecha, en el cual la derecha era el peso principal, sobre todo en la medida en que FHC asumió el liderazgo personal sobre las fuerzas de la derecha, disminuyendo el rol de sus líderes históricos se confrontó en varias ocasiones con una oposición de centro-izquierda, con fuerte influencia de la izquierda. Ella fue unida a la elección de 1998, teniendo a Lula como candidato a presidente y a Leonel Brizola a la vicepresidencia. Lula, presidente de honor del Partido de los Trabajadores, fue el candidato del PT en 1989, logrando llegar a la segunda vuelta en contra de Fernando Collor, frente al cual perdió por 3% de diferencia. El país se dividía al medio entre centro-derecha y centro-izquierda. En 1994, una parte del centro se alía a la derecha, con Fernando Henrique Cardoso en la cabeza. Se esperaba que el centro dominase el gobierno pero los hechos demostraron lo contrario, sobre todo en el plano de la política económica. En consecuencia, el país se volcó hacia la centro-izquierda otra vez. Y el propio PSDB intentó salvarse prometiendo un gobierno de continuidad pero no "continuista".

Es natural que en este nuevo contexto, la candidatura de Lula apareciera como el desagüe natural de esta tendencia electoral. Ocurre, sin embargo, que una gran parte del centro desconfiaba de un gobierno del Partido de los Trabajadores y temía el ascenso a la dirección del país de un candidato de origen popular y partidaria tan marcada. Todo el esfuerzo del PT se concentró en fijar una imagen moderada, de un partido que maduró en 22 años de lucha institucional, disponiendo de varias alcaldías, varios gobiernos de estado y vasta tradición parlamentaria.

Los demás miembros del Frente de izquierda que apoyó a Lula en 1998 se sintieron inseguros con su candidatura dirigida tan claramente hacia el centro. Leonel Brizola abandonó el Frente para apoyar a Ciro Gomes después de haber intentado inútilmente atraer a Itamar Franco a su partido. Esto hizo la candidatura Ciro Gomes más confusa. Entre Ciro Gomes que perteneció al gobierno Fernando Henrique como ministro de economía, el ex Partido Comunista, hoy PPS, el PTB, creado por la dictadura y sin ningún perfil ideológico, y el PDT de Brizola no había mucha cosa en común.

Anthony Garotinho se eligió como gobernador de Río de Janeiro en 1998 en un frente de fuerzas de izquierda donde estaba el PDT, al cual pertenecía, el PT, el Partido Socialista Brasileño (PSB), el Partido Comunista del Brasil (PcdoB) y el Partido Comunista Brasileño. Durante su gobierno, Leonel Brizola entró en choque con él por haberse lanzado candidato a Presidente de la República y por discordar de la candidatura de Brizola a alcalde de la ciudad de Río de Janeiro, rompiendo el Frente de Izquierda que había decidido lanzar un candidato del PT a alcalde de Río. Garotinho tuvo que salir del PDT, en el cual militaba desde su fundación en 1982, para incorporarse al PSB que lo lanzó a la presidencia. Él llevó consigo a la mayoría aplastante del PDT de Río de Janeiro y agregó al PSB importantes liderazgos políticos de todo el país.

La candidatura de Garotinho era aún una incógnita. En el estado de Río de Janeiro contó con una aprobación aplastante a su gobierno que le dio sustancia a su votación y lo proyectó al resto del país. Evangélico, detiene un apoyo muy amplio en todo el país, que le permitió llegar a cerca del 17% de intenciones de voto. Con esto el

Partido Socialista Brasileño quedó como el segundo partido de la izquierda. Unidos, PT, PSB, PDT y PPS obtuvieron una importante votación en la primera vuelta.

La oposición se unió para la segunda vuelta, y Lula obtuvo 64% de los votos. Se trata por lo tanto de unas elecciones cruciales. En una América Latina convulsionada Brasil parece ser una excepción al dirimir graves diferencias de política a través de un camino electoral. Pero nadie puede dudar que un gobierno de la oposición brasileña significará un vuelco en la historia de la región.

7. ¿Un Socialismo Maduro?

Brasil se encuentra en un momento muy especial. Se termina un ciclo económico y político y se aguarda el inicio de uno nuevo cuyas características esenciales aun no se encuentran perfectamente dibujadas.

El ciclo que termina con el rechazo generalizado al gobierno actual, se caracterizó por una transición incompleta de la dictadura militar hacia una democracia, en lo político, y en lo económico hacia la finalización del proceso de apertura económica iniciada con el golpe militar de 1964.

Estas afirmaciones quizás puedan causar espanto en muchas personas, pues se ha logrado identificar erradamente el golpe militar con la estatización de la economía. En realidad, el golpe de 1964 se hizo en nombre del librecomercio y del libre mercado. En su comando estaban los economistas liberales mas radicales del país, Roberto Campos y Bulhões.

Al mismo tiempo, en el Ministerio de Relaciones Exteriores se declaraba el principio de "lo que es bueno para los Estados Unidos es bueno para Brasil". En realidad se rompía definitivamente con el periodo nacional democrático de Vargas y el "desarrollismo" de Kubistchek.

Posteriormente la dictadura militar se vio obligada a estimular la intervención estatal y entro en choque con el gobierno norteamericano en muchos aspectos. En primer lugar, los hechos demostraron que era imposible alcanzar un alto grado de modernidad y atraer el capital internacional sin una fuerte infra-estructura

económica que sólo sería posible alcanzar a través de la inversión estatal.

Esta es una paradoja del pensamiento liberal en el siglo XX: no es posible una economía capitalista importante en la fase actual del desarrollo de las fuerzas productivas sin una fuerte intervención estatal.

De otro lado, los militares descubrieron que el gran aliado norteamericano era contrario a la transformación de Brasil en una gran potencia del Atlántico Sur, como los líderes geopolíticos del golpe lo concibieron.

De hecho, desde 1973, los Estados Unidos, que patrocinaron las dictaduras militares en la región y en el Tercer Mundo en general para contener la revolución popular generalizada, abandonaron los regímenes militares debido a sus tendencias nacionalistas y apoyaron un regreso a gobiernos civiles.

De ahí resulta la confusión actual. Se inició una operación ideológica muy especial. Se trataba de identificar los regímenes militares con la intervención estatal, el populismo y el corporativismo sindical, todos considerados los enemigos del libre mercado, que se buscó identificar también con la democracia y los derechos humanos.

De esta manera, fue posible confundir la lucha en contra de la dictadura militar con el liberalismo económico y político. Al identificar la dictadura (que se estableció en contra de las fuerzas nacionales y democráticas) con el estatismo y el nacionalismo, los gobiernos que sucedieron la dictadura en Brasil se dejaron hegemonizar por las mismas fuerzas que establecieron la dictadura.

El presidente Jose Sarney (1984 a 1989) era el presidente del partido de la dictadura y logró comandar el periodo de transición hacia un régimen civil. El presidente Fernando Collor era hijo de un senador de la dictadura y fue alcalde impuesto por el gobierno militar. También fue gobernador asociado a la derecha. Derribado del poder por una coalición de fuerzas muy amplias de derecha y de izquierda, fue sucedido por Itamar Franco, su vice-presidente, históricamente asociado a la oposición a la dictadura.

Fernando Henrique Cardoso llegó al gobierno

como un presidente que hizo su carrera en la oposición. Pero se apoyó en una coalición de fuerzas que tenía como principal aliado el Frente de Liberación Nacional, liderado por una de las principales figuras de la dictadura, Antonio Carlos Magalhães. Su candidatura se planteó sobretudo como una oposición a las candidaturas populares, de Lula y Brizola, en 1994 y a una unidad de las fuerzas de izquierda en 1998.

Su gobierno se caracterizó como de centro-derecha pero se fue orientando cada vez más hacia la derecha. De hecho, Cardoso definió su gobierno como el final de la "era Vargas". Se trataba de poner más agua al molino de las confusiones ideológicas montadas en la operación de suceder las dictaduras militares, sin destruir sus bases de poder.

Como vimos y todos sabemos, el golpe militar y la dictadura que se impuso en 1964 se impuso en contra del "populismo" varguista, al derrumbar a Joao Goulart, su heredero político. Los gobiernos que sucedieron a la dictadura habían dado continuidad a estas fuerzas. Fernando Enrique se alió a las mismas fuerzas que hicieron la dictadura. ¿Como podría entonces su gobierno iniciar una era pos-Vargas? En la era pos-Vargas estaba el Brasil pos 1964 y cualquier intento de cambiar esto es una violencia total en contra de la verdad histórica.

En realidad, lo que se terminó con el gobierno FHC fue la sostenibilidad popular de la derecha. Ella se encuentra rechazada masivamente por el país, la era de la dictadura militar y de las fuerzas favorables a un modelo de desarrollo apoyado en la asociación con el capital internacional y con la hegemonía absoluta de la política norteamericana que entró definitivamente en la crisis.

Este modelo llevó el país a 20 años de estancamiento económico, desde los años ochenta hasta nuestros días. Nos hizo pasar por una hiperinflación asustadora y por una política de "ajuste estructural" y deflacionaria que nos llevo a las dificultades cambiarias actuales.

Al mismo tiempo esta política llevó Brasil a una crisis fiscal absurda pues se encuentra asociada con la privatización de gran parte de la economía y los cortes de gastos estatales criminales en inversiones y en servicios públicos. De hecho, el déficit fiscal y la enorme deuda pública del Brasil

no se originó de ningún gasto público. La deuda del país se elevó de 56 mil millones de reales en 1964 a 860 mil millones en 2002 solamente debido al pago de intereses colosales (que llegaron a 52% al año en 1996) aumentados arbitrariamente por el gobierno con el objetivo de atraer capitales externos o de impedir la "explosión de consumo" que anularía la política anti-inflacionaria, según una teoría económica de muy bajo nivel teórico que comanda hoy día los medios académicos.

El resultado de estos fracasos sucesivos se hicieron fuertemente presentes con la devaluación del real en 1999, con la crisis energética generada por la falta total de inversiones en un sector sometido a privatizaciones financiadas por el propio Estado. ¿Como justificar el financiamiento público de las privatizaciones? Si había recursos para financiar los compradores de las empresas públicas porque no destinarlos a inversiones en el sector?

En este contexto, la oposición se dividió en torno de 3 candidatos presidenciales: Lula, Ciro Gomes y Anthony Garotinho. De ellos Lula era el más reconocido y apoyado y su partido, el Partido de los Trabajadores, se presenta como la fuerza política más fuerte de la oposición.

Extrañamente, esta posibilidad no ha causado un desespero en la clase dominante como en las oportunidades electorales anteriores. El propio presidente Fernando Henrique declaró en entrevista al Financial Times que una victoria de Lula no significaría una amenaza a la normalidad del país.

En este contexto salió a la luz pública el programa de gobierno que pretende restablecer la dignidad de la nación brasileña e iniciar un gobierno con efectiva prioridad en lo social. La naturaleza moderada del programa ha causado un gran debate. Algunos pretenden descalificar el carácter radical de la oposición asociándola a la experiencia fracasada de De la Rúa o a los límites estrechos del gobierno socialista chileno.

Sin embargo hay que considerar tres hechos fundamentales.

Primero, que en Argentina la oposición defendió la conversión del peso en dólar como piedra angular de su política económica. El programa del

PT descalifica la presente política económica y se propone cambiarla totalmente. Es necesario tomar en consideración que Anthony Garotinho también proponía cambios radicales en el modelo económico. Solamente Ciro Gomes tenía compromiso con el plan Real como ministro de hacienda en su comienzo.

En segundo lugar es necesario considerar que la dictadura militar está definitivamente superada en Brasil mientras que en Chile, Pinochet se encuentra aun con parte del poder militar y las sombras de la dictadura aun limitan gravemente la vida política del país.

En tercer lugar, es necesario considerar que las fuerzas de la oposición brasileña llegaron próximas a las elecciones presidenciales por tres ocasiones y que es imposible separar la oposición de la hegemonía política alcanzada por las fuerzas de izquierda, principalmente el PT.

En este contexto, el debate del programa de gobierno deberá atenerse a la correlación de fuerzas que se dibujó en el país. Es necesario considerar que muchos miembros del partido de Fernando Henrique Cardoso (PSDB) no se encuentran en nada satisfechos con los rumbos derechistas de su gobierno. Así, el frente de fuerzas que se dispone a intentar una experiencia política mas avanzada es enorme.

¿Qué podemos esperar de esta situación? El programa del PT sugiere que debemos iniciar un debate en las fuerzas de oposición marcados por una gran madurez. Trátase de la creación de un nuevo bloque de poder en Brasil que afectará fuertemente a toda América Latina. Hay que acompañar cuidadosamente la evolución de los acontecimientos.

8. Hacia un Nuevo Bloque Histórico

La victoria de Lula en la primera vuelta de las elecciones presidenciales con poco más del 46% de los votos dio origen a una segunda vuelta electoral. Su adversario fue José Serra, del Partido de la Social Democracia Brasileña, que se encuentra en el poder con Fernando Henrique Cardoso. Fueron eliminados de la segunda vuelta dos candidatos de la oposición. Pero si sumamos los votos de oposición llegamos a 77% de los

votos para presidente atribuidos a los opositores del gobierno.

Esta cifra es absolutamente igual a los resultados presentados por los estudios de opinión, según los cuales este mismo porcentaje de votantes no votarían jamás por el gobierno actual. Los 23% de votos obtenidos por Serra en la 1ª vuelta coincidieron también con la proporción de ciudadanos que apoyaban el gobierno Fernando Henrique Cardoso.

Estos datos indican claramente las dificultades que tuvo el candidato del gobierno para crecer en la segunda vuelta. Su principal recurso publicitario fue el de separarse del gobierno. Pero Serra había usado esta táctica en la primera vuelta sin mucho éxito. Solo le restó utilizar el recurso del ataque personal al adversario, que le había sido muy útil para derrumbar las candidaturas de Roseana Sarney y de Ciro Gomes en la primera vuelta. Esta táctica no funcionó con Lula y encontró un rechazo muy fuerte de los electores.

Del otro lado, Luis Ignacio Lula da Silva se encontró en la necesidad de ganarse los votos correspondientes al electorado que apoyó los demás candidatos de oposición. Para esto fue necesario reconstituir el Frente de Izquierdas que funcionó para las elecciones de 1998 y que se mantuvo por un año más o menos después de las elecciones. Esto funcionó electoralmente y su candidatura captó por lo menos la mitad de los votos de Garotinho y Ciro Gomes. La victoria electoral plantea ahora el tema de la gobernabilidad.

Se plantea en consecuencia el tema del frente de izquierdas o de centro izquierda, su posible composición, sus métodos de actuación, su programa y su alcance. Sobre su composición se impone una definición: desde 1998 hasta el presente, se apartaron del frente los principales partidos de izquierda, aliados al PT.

Se tratan del Partido Socialista Brasileño que lanzó la candidatura presidencial de Anthony Garotinho, ex -gobernador del estado de Rio de Janeiro y del Partido Democrático Trabalhista que articuló un frente Laborista que sirvió de apoyo a la candidatura de Ciro Gomes, lanzada originalmente por otro miembro del frente de 1998, el Partido Popular Social (ex - Partido Comunista Brasileño).

El primer problema que se plantea es el status de la participación en el actual frente que apoya a Lula del Partido Liberal, que postuló a vicepresidente, el empresario José de Alencar. Los tres partidos excluidos en la confrontación de la primera vuelta (PSB, PDT, PPS) volvieron a componer un nuevo frente, ahora más amplio.

Se plantea una cuestión más complicada cuando se discute el carácter del nuevo Frente. En el plan parlamentario se necesita asegurar una mayoría al nuevo gobierno, para lo cual hay que incorporar otras fuerzas políticas.

En este plano se plantea o una negociación más o menos amplia con partidos como el PMDB (que apoyó oficialmente a Serra pero que tiene amplias disidencias que apoyan a Lula). O como el PTB (que apoyó oficialmente a Ciro Gomes pero que "recomendó" a Lula en la segunda vuelta).

Hasta qué punto estos partidos compondrían un frente de centro izquierda o solamente aceptarían hacer arreglos parlamentarios en torno a proyectos específicos está aún en debate.

El hecho más importante es sin embargo el fortalecimiento del Partido de los Trabajadores como opción política e ideológica y como un amplio y disciplinado aparato institucional que se extiende a todo el país. Hay que señalar que un país con las dimensiones continentales de Brasil tiene mucha dificultad de crear instituciones de dimensión nacional.

Las fuerzas armadas y la iglesia eran quizás las únicas institucionales verdaderamente nacionales con que contaba el país hasta 1940. La creación de un sindicalismo estatal, de ámbito nacional, durante el gobierno de Vargas creó las condiciones de una estructura nacional popular y de izquierda después de muchas idas y venidas de nuestra vida constitucional, comprometida por el golpe de Estado de 1964 . El PT contó aún con el apoyo de las organizaciones de base de la Iglesia en su formación y consiguió un respaldo en todo el país que pocos podrían esperar.

Es necesario señalar que, frente a la desnacionalización de la economía y el compromiso tan acentuado con las políticas norteamericanas patrocinadas por el gobierno actual, las fuerzas armadas brasileñas se han

aproximado significativamente al PT y a otras fuerzas de la izquierda en nombre de la defensa de la soberanía nacional. El frente político que se arma en el país gana así la dimensión de un bloque histórico con un vasto proyecto nacional

Este carácter se hace aún más presente cuando se observa una adhesión creciente del empresariado al programa de la izquierda brasileña. El hecho que el vicepresidente de la lista de Lula sea un importante empresario, ex presidente de la Federación de Industrias de Minas Gerais es quizás una demostración bastante evidente de esta amplitud y profundidad del bloque de fuerzas que se unió en esta elección.

Al mismo tiempo un amplio contingente de los empresarios del sector productivo se ha alineado estrechamente con las candidaturas de izquierda y con Lula en especial. Les une la confrontación creciente con las ventajas obtenidas por el sector financiero a través de las altísimas tasas de interés (las más altas del mundo) que les paga el Estado en detrimento de los intereses de la producción y de los servicios.

Les une también el reconocimiento de la necesidad de un planeamiento estratégico del país que permita retomar el crecimiento económico y el mercado interno que supone distribución del ingreso y refuerzo a la demanda pública y privada. Tratase particularmente de protegerse en contra de una apertura indiscriminada de la economía que ha favorecido el capital internacional. Esta preocupación se hace aún más angustiada con

relación a la adhesión de Brasil al ALCA que parece implicar en la quiebra generalizada de la industria brasileña.

Por último, este nuevo bloque histórico se apoya en la necesidad de unir los mercados del continente suramericano y quizás latinoamericano, con extensiones hacia la África y hacia una relación más activa con China, India y Rusia en la escena internacional y para un intercambio comercial y tecnológico más fuerte.

Este proyecto nacional se opone drásticamente al proyecto neoliberal que domina la cabeza de las fuerzas en el poder. No hay duda que sectores del PSDB se sienten atraídos hacia un programa con estas características. Pero ellos temen sobretodo un posible choque con los Estados Unidos y con el sistema financiero internacional. Sin embargo no hay duda que la demostración de la posibilidad de una política de crecimiento sin inflación, de la distribución del ingreso sin fuerte crisis sociales, de una política de soberanía nacional sin choques internacionales muy graves los haría cambiar rápidamente de lado.

Esta ha sido la opción del pueblo brasileño en su aplastante mayoría conforme su manifestación en las elecciones del 6 y del 27 de Octubre. Más de cien millones de brasileños fueron a las urnas a enviar un recado muy claro a la elite política brasileña. Y escogieron a un trabajador para dirigir una nueva etapa de la historia de Brasil, con fuertes repercusiones en todo el mundo.
